



Cada domingo nos reunimos en asamblea litúrgica porque nos sentimos convocados por el bautismo que hemos recibido, el cual nos ha hecho cristianos: discípulos de Cristo, como enseña el Catecismo. Ser cristiano no es simplemente adherirse a una doctrina ni cumplir una serie de normas morales. Es, ante todo, una vocación a la comunión con Dios y con los demás; una vida transformada por el amor de Cristo, vivida en la verdad, la humildad y la esperanza. Es dejarse configurar por el Evangelio, hasta que nuestra existencia se convierta en transparencia del Reino de los cielos.

San Gregorio de Nisa lo expresa con profundidad: *“Ser cristiano significa imitar a Cristo en todo, hasta que el alma se convierta en imagen de Él.”* Esta imitación no es superficial ni estética, sino una transformación interior que exige vigilancia, desprendimiento y apertura radical al Misterio.

Y el misterio, en clave litúrgica, no es simplemente lo oculto o lo incomprensible. Es una realidad divina que se revela progresivamente, que se acoge con fe y que transforma al creyente desde dentro. En la liturgia, el misterio no se explica: se celebra, se contempla, se vive. Es lo que estamos haciendo.

Sin embargo, este camino está sembrado de obstáculos que pueden entorpecer o incluso desviar

nuestra peregrinación espiritual. La Palabra de Dios proclamada en este día nos pone en guardia ante ellos:

1º El deseo de poseer



El afán de acumular bienes, de asegurar lo propio, de controlar lo que se tiene, es una tentación constante. Cuando este deseo se absolutiza, se convierte en idolatría. San Juan Crisóstomo advierte: *“Nada hay más vil que un alma esclava del dinero. El oro no puede salvarte, pero puede perderte.”*

El cristiano está llamado a vivir la pobreza evangélica, no como miseria, sino como libertad interior. San Francisco de Asís lo encarnó radicalmente: *“Lo poco que se necesita, y lo mucho que estorba.”* El desprendimiento abre espacio para Dios y para el prójimo.

2º La disipación que trae el tener

El tener no solo esclaviza, sino que dispersa. Cuanto más poseemos, más nos fragmentamos por dentro. La atención se divide, el corazón se agita, y la vida se vuelve ruidosa. El cristiano está llamado a la sobriedad, al recogimiento, a la interioridad. Solo en el silencio puede escucharse la voz de Dios. Solo en la quietud puede brotar la verdadera alegría.

3º La indiferencia hacia los pobres

Ignorar al pobre es ignorar a Cristo. San Basilio el Grande lo denuncia con fuerza: *“El pan que*

guardas pertenece al hambriento; el abrigo que escondes, al desnudo; el dinero que acumulas, al necesitado.” La caridad no es un añadido opcional, sino el núcleo del cristianismo. El cristiano no puede mirar hacia otro lado. Está llamado a ver el rostro de Cristo en cada herido, en cada marginado, en cada excluido. La indiferencia es una forma de ceguera espiritual.

4º El desprecio de la Palabra de Dios

Y cuando la Palabra de Dios se convierte en un adorno, en una cita ocasional, en un texto sin vida, el alma se empobrece. San Jerónimo, traductor y amante de la Escritura, lo decía sin rodeos: *“Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo.”*

El cristiano debe ser oyente fiel de la Palabra, dejar que ella lo interrogue, lo purifique, lo ilumine. La Biblia no es un libro más: es el alimento del alma, la lámpara en el camino, la voz del Amado que llama al corazón.

Conclusión: vivir en vigilancia y en gracia



Ser cristiano es vivir en tensión hacia el Reino, en vigilancia amorosa, en comunión con los pobres, en escucha de la Palabra, en libertad interior y, de este modo, Cristo viva en nosotros y, nuestra vida, será reflejo de su luz. En la Eucaristía siempre encontraremos la fuerza que necesitamos para seguir al Señor con alegría de corazón, porque es el corazón palpitante de la vida cristiana. En ella, Cristo se entrega, se despoja, se abre a todos, y con nosotros camina .



Sal 112, 1-2. 4-6. 7-8

El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos.

El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos,
el Señor guarda a los peregrinos.
Sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.
El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.

Este salmo es un himno de alabanza que brota del corazón del justo. Fue probablemente compuesto en tiempos de restauración, cuando el pueblo de Israel volvía del exilio y redescubría la fidelidad de Dios. Es un canto acróstico, como si cada letra del alfabeto hebreo quisiera rendir homenaje al Señor. Y en él se nos revela un Dios que no es indiferente al sufrimiento:

“El Señor sostiene a los que caen, endereza a los que se doblan” (v.14).

Este versículo es el contrapunto perfecto al evangelio. Mientras el rico ignora al pobre, Dios lo ve, lo levanta, lo acoge.

San Agustín, comentando este pasaje, nos advierte: *“No es malo ser rico, pero es terrible ser insensible.”*

Para él, el pecado del rico no fue su riqueza, sino su ceguera espiritual, su incapacidad de ver a Cristo en el pobre.

Santo Tomás de Aquino añade que la misericordia es la forma más alta de justicia. Y que el juicio final no será sobre cuánto hemos acumulado, sino sobre cuánto hemos amado.

Vivimos en un mundo donde los Lázaros siguen esperando a la puerta: los migrantes, los enfermos, los que sufren soledad, los que no tienen voz. Y también hay muchos Epulones, encerrados en su confort, distraídos por el banquete de cada día.

Hoy, el Señor nos invita a mirar con los ojos del corazón. A descubrir que cada Lázaro es Cristo mismo, esperando ser amado. Que cada gesto de misericordia es una semilla de eternidad. Y que la verdadera riqueza no está en lo que poseemos, sino en lo que damos. Que esta Eucaristía nos transforme. Que el pan compartido nos haga más humanos. Y que, como dice el último versículo del salmo, podamos decir con verdad: *“Mi boca proclamará la alabanza del Señor, y todos bendigan su santo nombre por siempre jamás” (v.21).*



Catedral de Oviedo



En las fuentes de agua viva

Sancta Ovetensis

DOMINGO XXVI “C”



*No es malo ser rico,
pero es terrible ser insensible*